

EL BARCO



DE VAPOR

Historias de Ninguno

Finalista del Premio El Barco de Vapor

Pilar Mateos

Premio Lazarillo 1982

Premio El Barco de Vapor 1981



1 *Yo soy Ninguno*

SI ahora coges el diccionario y buscas la palabra NINGUNO en las páginas de la N, leerás que ninguno significa *nulo, ni uno solo, nadie*; sin embargo, por esta vez, le vamos a llevar la contraria al diccionario.

Ninguno existe, existe de verdad, yo lo he visto, no estoy hablando en broma. *Ninguno* es un niño pelirrojo que tiene cara de sueño, pero la cara nada más; por dentro está muy despierto. Si lo conocieras, te harías amigo suyo enseguida. Y no es difícil que te lo encuentres cualquier día por la calle, porque va a un colegio que está cerca del tuyo.

Ninguno, al principio, cuando estaba todavía en primero de básica, no se llamaba así. Ese nombre se lo pusieron después; pero

nadie se acuerda ya de cuál era el suyo verdadero. Tampoco tiene importancia. A lo mejor se llamaba como tú, o como cualquiera de tus amigos.

El caso es que, mientras sus compañeros y sus hermanos iban creciendo de día en día, y había que sacarles a todo correr el dobladillo de los pantalones, *Ninguno* se lo tomaba con mucha calma; parecía que no tenía prisa en crecer, y se quedaba tan pequeño que tenía que empinarse para alcanzarse las orejas.

Su madre decía:

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué le daré yo a este niño, que abulta menos que una canica?

Y le daba espinacas y queso, porque ya sabéis que las madres lo quieren arreglar todo con la comida. Y el niño cogió rabia a las espinacas y al queso.

Pesaba tan poco que tenía que meterse piedras en los bolsillos para que no se lo llevara el viento. Y nadie le hacía caso. Si la tía Petra repartía caramelos, siempre se olvidaba de él.

–Este para ti, y este para ti, y este para ti –decía–. ¡Hala!, ya estáis todos. ¿Falta alguno?

Y todos contestaban:

–Ninguno.

El niño decía, muy bajito:

–Falto yo.

Si hacía una carrera con sus amigos, él siempre llegaba el último. Moncho preguntaba:

–¿Quién ha llegado el último?

–Yo no –contestaba Tino.

–Yo tampoco –decía Tina.

–Entonces, ninguno ha llegado el último –rezongaba Moncho–. Ya estáis haciendo trampas.

Y el niño decía, muy bajito:

–He sido yo.

EL DÍA EN QUE EMPEZARON, él y sus amigos, cuarto de básica, se dirigieron a la clase con un montón de libros nuevos. Al niño apenas se le veía, y parecía que la cartera se paseaba

sola por el pasillo, y ella sola se colocaba en la mesa de atrás.

Al menos, eso fue lo que pensó el profesor, que se llamaba don Ataúlfo. Don Ataúlfo les saludó con voz grave, se ajustó meticulosamente las gafas y examinó las caras de sus alumnos. Creyó advertir que en la mesa que estaba junto a la ventana había demasiados niños. Era verdad, porque Tino y Tina se habían sentado en la misma silla; así que don Ataúlfo dijo:

–No os pongáis todos junto a la ventana. Que se levante uno de vosotros y se vaya a la última mesa, que está libre.

En la última mesa estaba *Ninguno*, estirando mucho el cuello, y tratando de asomarse por encima de los libros para que don Ataúlfo le viera. Dijo tímidamente:

–Esta mesa ya está ocupada, señor profesor.

El profesor estaba muy extrañado porque oía una voz y no sabía de dónde salía; volvió a mirar más atentamente, por si se hubiera equivocado, pero no vio a ningún niño sentado en aquel sitio.



–Por lo que yo veo, ninguno la está ocupando.

–¡Yo la estoy ocupando! –voceó el niño, con tanta fuerza que don Ataúlfo se sobresaltó.

–¿Quién ha gritado? –preguntó.

Sus alumnos se miraban unos a otros y se encogían de hombros.

–Ninguno –decían.

Entonces el niño se subió encima de la silla, para que todos le vieran bien, y dijo:

–¡*Ninguno* soy yo!

Ese mismo día, en el recreo, se decidió que *Ninguno* iba a llamarse así definitivamente.

LA CLASE ESTABA PREPARANDO su equipo para jugar al fútbol contra los de quinto. Moncho era el capitán; iba diciendo a sus amigos:

–Tú, Tino, de delantero centro. Tú, Tina, de extremo izquierda. Tú, María, de defensa.

–¿Y yo? –preguntaba *Ninguno*.

Pero Moncho no reparaba en él. Trataba de poner orden entre sus compañeros, que alborotaban y brincaban, ansiosos por comenzar el partido.

–Bueno, venga, ya estamos todos. ¿Falta alguien?

Y todos vocearon:

–¡Ninguno!

Y el niño se subió encima de un banco, y dijo:

–Si ninguno falta, será que yo soy *Ninguno*; porque yo soy el que falta.

Le pusieron de portero y le metieron todos los goles. Ocho-cero. Moncho se enfadó.

–No hace nada. Cuando él está de portero, es como si ninguno estuviera.

Y por estas y otras cosas que ya os contaré, se quedó para siempre con el nombre de *Ninguno*.

Ninguno estaba un poco triste, esa era la verdad. No le gustaba que le metieran todos los goles, ni que la tía Petra se olvidara de él cuando repartía chicles, ni que cada vez que él abría la puerta para entrar en clase,

don Ataúlfo pensara que la había abierto una corriente de aire; pero no creáis que se desanimaba fácilmente o se enfadaba por esas tonterías. ¡Qué va!

Y eso que él no sabía las cosas maravillosas que le iban a suceder. Ni se las podía imaginar.